

*turæ suæ, quo equaliter sunt cum  
servis suis conditi, memoriam  
non amittant.* S. GREG. PASTORAL,  
PAR. III.

nestar, que no olviden nunca, que  
sus domésticos son hombres como  
ellos.

## ANCIANIDAD.

*Senectus enim venerabilis est: ætas senec-  
tatis vita immaculata.*

La vejez es venerable: es edad anciana  
la vida immaculada.

(Sab. IV, 8.)

Respetables ancianos, hombres de tiempos que ya pasaron, vosotros habeis abierto paso á nacientes generaciones, y ya recogidos á la sombra de los árboles que habeis plantado con vuestras manos y habeis regado con vuestro sudor, podeis descansar honradamente. Los jóvenes que entran ahora en la escena del mundo, os recuerdan los dias de vuestra juventud. Si ya falta vigor á vuestros brazos, si ya no os asiste el aliento para las grandes empresas, en cambio hay debajo de vuestras canas el depósito de la sabiduría, y en vuestros labios teneis palabras de consejo. Son respetables vuestros pasos, y vuestra autoridad es la tutela de las familias. Y como al peso de sus tiernos frutos se encorvan las ramas, así vosotros os encorvais al cuidado de vuestros hijos y de vuestros nietos; y al extender la mano para bendecirlos, os asemejais al patriarca de la antigüedad, sois la imágen augusta de la divinidad. Todo es en vosotros respetable, vuestra tranquilidad de ánimo, la gravedad de vuestro porte, vuestra conversacion, vuestro cariño, vuestra mirada, y hasta vuestros achaques y enfermedades.

Mas si todas estas ventajas reúne la ancianidad, ¿cómo se explica que haya tan escasa conformidad entre jóvenes y viejos? Fuisteis

jóvenes un dia, y los jóvenes vendrán á viejos, y de esta suerte se enlazan las generaciones humanas durante esta breve peregrinacion sobre la tierra. Mas por esto mismo es de temer, que se incurra en uno de dos escollos: O que los viejos, desconociendo su condicion, quieran conservar la ligereza de su juventud; ó que pretendan inducir á los jóvenes á envejecer para alternar con ellos en iguales condiciones de corazon é inteligencia. Por uno de estos dos motivos le vienen á vuestra edad fastidios, contradicciones y amarguras, y se niega á los viejos el tributo de veneracion y respeto, que su experiencia y sus desengaños se merecen.

Todo tiene su tiempo, como dijo Salomon. Para edificar y para destruir, para descansar y activarse, para sembrar y recoger, para hablar y guardar silencio, para la guerra y para la paz, para todo tiene su oportunidad el tiempo. Vuestra edad no es por lo tanto la edad de las ilusiones, sino de la cordura; no reclama indulgencia sino veneracion. Todo en vosotros ha de ser medurado como lo es el tiempo de que podeis disponer; próximos á dejar la tierra, no podeis disponer sino de una breve parte de tiempo. La ancianidad es respetable; mas para que lo sea verdaderamente, debe la ancianidad andar muy mirada en ser cortés y grave, es decir, conviene que en su proceder no se revele la ligereza y la irreflexion de la juventud, y que su gravedad no degeneren en un tono imperioso y altivo. Hé aquí el punto concreto de que voy á ocuparme. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Somos viejos, y ya las arrugas de nuestra frente deponen contra nosotros; somos viejos, y quien mas, quien ménos, estamos próximos al término de nuestras miserias. Sentimos la flojedad en las piernas, la debilidad en los brazos, y el peso de los años en nuestra espalda: nuestra voz se apaga, la vista se debilita, y la frialdad de la sangre se deja conocer en nuestras venas. El ímpetu y la fogosidad de nuestros años juveniles han desaparecido; aquel afán con que íbamos tras de los placeres, se ha calmado; hemos de ir dejando abandonadas todas las afecciones que mas nos habian interesado. La muger, los hijos, los parientes, los amigos, las riquezas, los honores, los placeres, árboles que hermozeaban el campo de nuestra vida, todo se va agostando, y no le sustituye sino el funeral ciprés.

Somos como un buque con velas destrozadas y mástiles caidos; abandonados á merced del viento que ha de conducirnos al puerto; y en esta situacion, ¿aun tendríamos pretensiones de desafiar los hor-

rores de la tempestad? A pesar de lo inverosímil y de lo impropio de la edad, todavía hay viejos bastante locos para abandonarse á toda la destemplanza de la juventud. No son para vuestra edad los bailes, los teatros, los espléndidos banquetes, las conversaciones animadas y festivas, la agitacion continúa, el afán de las ambiciones y de las riquezas, las frivolidades, los caprichos, los bajos pensamientos, y las palabras vanas. Si en todo esto quereis rivalizar con la juventud, sereis objeto de escarnio y de burla. Si en los viejos no se encuentra la gravedad, ¿en dónde habrá esperanza de encontrarla? Si los que han de dar ejemplo de templanza y de mesura, y han de ser la enseñanza práctica de la virtud, no cuidan del comedimiento, ¿á quién se podrá exigir que sea comedido?

La ancianidad no es respetable por el número de los años que cuenta, sino por una conducta sin mancha. El Espíritu Santo nos enseña, que los bienes de la vida no se cuentan por su duracion, sino por el buen uso que se hace del tiempo. Triste y miserable cosa es, ver á un viejo de vacilante paso andar en pos de los placeres, ó invertir horas en la contemplacion de las riquezas, que satisfacen á su avaricia: ¿es este el fruto que habeis de sacar de vuestra experiencia? Andais en busca de un fantasma, que se os escapa constantemente de la mano. Ya el Eclesiástico xxv, 4, nos enseñó, que Dios mira con aversion tres clases de hombres, los pobres orgullosos, los ricos invertebrados, y los viejos fátuos y locos.

¿Y que diré de aquellos, que, no satisfechos con dar perversos ejemplos, se esfuerzan en pervertir á los jóvenes é inocentes con doctrinas profanas, con chistes indecentes y malignas sugeriones? ¿Cómo podrán reparar el mal que causan á sus hermanos, puesto que la inocencia es el tesoro mas precioso, y haciéndola perder á sus semejantes, les privan hasta de consuelo en la tribulacion, y de esperanza en la muerte? ¡Oh vosotros, que por vuestra edad sois como maestros de escándalo! considerad seriamente cuan grave daño ocasionais á los jóvenes y á los pequeñuelos. Vosotros como viento abrasador destruís las viñas cuando brotan, y los racimos que están en cierne. No olvideis, empero, que, como dice un Profeta, «sembráis vientos, y recogeréis torbellinos.» OSEAS. VIII, 7. «Forzoso es, dice Jesucristo, que haya escándalos; ¡ay empero de aquel hombre que causa el escándalo! mejor le seria que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en el profundo del mar. Si, pues, tu mano ó tu pié te es ocasion de escándalo, córtalos y arrójalos lejos de tí; porque mas te vale entrar en la vida eterna manco ó cojo, que con dos manos ó dos piés ser precipitado al fuego eterno.»

MATTH. XVIII, 6 y sig. Mirad, por consiguiente, que no escandalizeis ni arrastreis al pecado á alguno de los jóvenes ó de los pequeñitos; «porque sus ángeles en los cielos están siempre viendo la cara del Padre celestial, y no es su voluntad el que perezca uno solo de estos pequeñuelos.» IBERO. X y XIV. »

Dirigiéndome ahora á los que no cometen semejantes excesos, pero que se quejan siempre de la ancianidad porque lleva consigo muchos cuidados, fastidios, incomodidades, les diré, que cada edad tiene sus bienes y sus males, sus privaciones y sus ventajas, sus deberes y sus propios méritos. Este es el orden establecido por la Providencia, orden admirable, del cual resulta la variedad, la armonía y la hermosura del mundo moral. Los placeres ardientes no son para los ancianos, es cierto; pero no lo es ménos, que éstos tampoco sufren los tormentos, que de ordinario llevan consigo los deseos vivos y violentos, y las ilusiones mentirosas, ó aquellas falsas imágenes, que no dan nunca la felicidad que prometen. Cansancio extraordinario, contiendas peligrosas, vanidad nunca satisfecha, ved ahí los frutos de la vida agitada y turbulenta que lleva por lo comun la juventud. Las ardorosas empresas de la juventud, sus diversiones deslumbradoras, sus placeres llenos de atractivos, rara vez impiden que sucumba bajo el peso de su propia miseria, y que no suspiren para llegar á los años de la calma y del descanso. Considerémoslo bien, y nos convenceremos de que ninguna edad es absolutamente infeliz, como ninguna goza del privilegio de una felicidad completa; y respetando el orden esencial, no pidamos nunca á una estacion los frutos propios de otra, no pidamos al invierno las flores de la primavera. Los dias del hombre, así como tienen una aurora y un medio dia, debian tener su tarde y su noche. A cada edad le están señaladas sus pruebas; y así como el joven está obligado á resistir á las impetuosas sugeriones del placer, así el anciano debe soportar con santa resignacion las privaciones y los achaques de la vejez. Las pasiones que en otro tiempo turbaban su paz, se han calmado: las pretensiones insolentes que martirizaban su amor propio, han cesado de atormentarle: las aflicciones que destrozaban el corazon, no han dejado en él vestigio alguno de los males pasados: sus esperanzas iban siempre acompañadas de afanes, y con frecuencia eran atormentadas por el temor: ahora, llegados al término de sus trabajos, sus penas son ménos amargas; estando para entrar en el puerto, disfrutan de mayor tranquilidad.

Estas son las consoladoras meditaciones á que debeis entregaros segun la prudencia humana; la religion, empero, os exhorta á pen-

sar de un modo mas sublime, y á comparar, cuando se trata del mérito de las cosas, lo presente con lo futuro, lo temporal con lo eterno. Quiere, que prescindiendo de las vanidades de la tierra, ameis, cual conviene, los bienes que no causarán nunca disgusto, bienes cuyo precio no disminuye con la edad, bienes «que ni el orin, ni la polilla consumen, y que los ladrones no desentieran, ni roban, **MATTH. VI, 20**; bienes, en fin, útiles y necesarios á todas las edades, però que son de un modo especial propios de la ancianidad. El lucro de otros bienes debéis considerarlo como una verdadera pérdida; la sola virtud es para vosotros una ganancia segura é inmortal. Por desgracia habeis esperado demasiado tarde á adquirir este tesoro; avergonzaos, pues, de vuestra conducta; y puesto que vuestro cuerpo amenaza ruina, y no puede tardar en disolverse, esforzaos á edificar el hombre espiritual, el hombre digno de respeto, el hombre segun el corazon de Dios. No hay tiempo que perder: los instantes son preciosos; ¡desventurado del que los pierda miserablemente! La muerte está á punto de descargar sobre vosotros el golpe fatal; procurad, pues, poner en salvo la vida del alma. Os hallais al término de una carrera y al principio de otra: el paso es peligroso, y sus consecuencias incalculables. ¿Y tendreis valor para arrojaros, sin reflexion alguna, en el precipicio? No puedo persuadirmelo; y la eternidad, hácia la cual caminais apresuradamente, sin duda os inspira otros pensamientos.

2. La experiencia es madre de la ciencia; da cierta autoridad á las palabras de los ancianos, y pone el sello á sus consejos. Los ancianos han visto, que la escena ó apariencia de este mundo pasa en un momento; que las estaciones y las edades desaparecen repentinamente; que las pasiones agitan el mar de la vida, en cuyas alborotadas olas son muchos los que perecen, pocos los que con grandes trabajos se salvan en algun islote, y nadie llega á la playa sin gravísimos peligros: han visto, que algunos pobres han llegado en poco tiempo á ser ricos; pero que han perdido cuanto tenían en ménos tiempo que lo habían adquirido; han visto, que al placer sucede el dolor, y á la alegría las lágrimas; que nada hay de firme, sólido y permanente en este mundo; que todo es miseria y vanidad. Instruidos con tantos ejemplos, tienen derecho para corregir á los jóvenes, que por falta de experiencia se hallan expuestos á mil peligros; y por lo tanto, están éstos obligados á escucharlos con sumision y respeto. Venerables ancianos, procurad con toda solicitud la salvacion de los jóvenes; os lo piden la sociedad y la religion, recordándoos, que la ancianidad es como una augusta magistratura

instituida por la Providencia, la cual al mismo tiempo que procura el bien ajeno, trabaja en su perfeccion propia. Todas vuestras palabras, todos vuestros consejos, todas vuestras reprensiones sean inspiradas por el celo de la salvacion de los jóvenes; y este celo sea siempre dirigido y templado por la compasion y la dulzura. Un poeta antiguo dijo con mucha gracia y propiedad, que los bordes del vaso que se entregan al niño enfermo, han de bañarse con un licor dulce y agradable, para que de esta suerte beba la pócima amarga y saludable que hay en el fondo. Las palabras amables y dulces penetran mas en el corazon, que las palabras duras y amargas. Guardaos, pues, de una severidad importuna; todos vuestros consejos, todas vuestras correcciones sean inspiradas por el amor; y no dudeis, que un amor generoso obligará á los jóvenes á escucharos con placer, y á mostrarse dóciles y obedientes.

Con esta precaucion, vuestra edad será respetada, vuestros consejos serán provechosos, vuestras canas venerables y vuestra memoria se conservará en bendicion. Y nosotros, diremos al joven insolente, que se atreva á sentarse en vuestra presencia: «Ante la cabeza llena de canas ponte en pié, y honra la persona del anciano.» **LEVIT. XIX, 32**. «No menosprecies lo que contaren los ancianos; antes bien házte familiar á sus máximas; porque de ellos aprenderás sabiduría y documentos de prudencia. No dejes de oir lo que cuentan los ancianos, porque ellos lo aprendieron de sus padres.» **ECCLES. VIII, 9**. Honra al anciano, y teme á Dios; y no olvides, que el reino de tu fuerza, el reino de tu hermosura, es un reino que solo dura un dia. Dobla tu frente, y respeta al anciano; pues que está ya cerca de su último fin.

¡Oh jóvenes! vosotros no reflexionais en los innumerables beneficios que habeis recibido de vuestros mayores, á quienes debéis gratitud y reverencia. Son ellos los que edificaron vuestras casas, desmontaron vuestros campos, y con su industria y comercio os procuraron lo necesario para la vida y los bienes de que disfrutais; y vosotros ¡ingratos! pasais con la mayor indiferencia por delante de ellos, y no os compadeceis de sus achaques y dolencias. Miéntas vosotros, llenos de vanidad y de orgullo, subís á la cima de la montaña que divide el camino de nuestra vida, ellos cansados y llenos de temor la bajan por la parte opuesta; al paso que para vosotros el horizonte se dilata é ilumina, para ellos va circunscribiéndose, y oscureciéndose; ¡y no es justo que tengais de la flaca y débil ancianidad el mismo cuidado, que los ancianos tuvieron de vuestra débil y flaca infancia?

5. Cuantas veces leo las historias de los antiguos patriarcas, mi espíritu se regocija, mi corazón se enternece. Vivían dilatados años aquellos padres venerables, y veían con placer como á sus plantas crecían y prosperaban los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generacion. Vivían bajo tiendas, pasando con sus rebaños de un lugar á otro; una piedra ó un nombre transmitía á la posteridad la memoria de sus hechos mas importantes; un pozo, un árbol, les recordaba lo que hicieron sus mayores: sus fiestas eran memorables por su sencillez y por la inocencia con que las celebraban: sus cánticos eran alabanzas al Señor: sus conversaciones consistían en referir palabras y explicar enigmas. Verdaderamente era aquella la edad de oro; pero lo que mas me sorprende es la veneracion profunda con que miraban y trataban á sus mayores. Los ancianos eran los príncipes de las familias y de las tribus; eran los sacerdotes de la religion en todos sus actos, lo mismo públicos que domésticos; eran los maestros de la virtud; ellos ordenaban donde habian de detenerse y cuando habian de marchar; ellos señalaban á cada uno lo que habia de hacer y en que debia ocuparse: recibían las promesas y los juramentos; decidían los pleitos y terminaban las querellas: hospedaban á los peregrinos, disponían los banquetes; antes de morir bendecían á sus hijos y nietos; y, alumbrados por una luz superior, les anunciaban sus futuros destinos. ¡Oh tiempos! ¡Oh costumbres! ¡Qué distantes estamos nosotros de un tenor de vida tan bello y sencillo! ¡Dónde se ven ahora aquellos ejemplos de sumision y de piedad, que con tanto placer recordamos?

En nuestros dias, una parte considerable de la juventud se gloria de haber sacudido el yugo de la sumision y del respeto; mófanse de la ancianidad, victima, segun ellos, de mil fábulas y preocupaciones. ¿Trata uno de contraer matrimonio? No le habéis de consultarlo con hombres de larga experiencia: un anciano lleno de preocupaciones, os dirá, no puede ser buen consejero. Aquel otro no sabe resolverse; por una parte le gusta la profesion de las armas, por otro se siente inclinado á la toga: decidle que lo consulte con hombres experimentados. ¿Consultaré á los ancianos, os preguntará, con desden? Son gente preocupada; hombres tímidos y cabilosos, que no saben mas que alabar lo pasado y criticar lo presente. Así habla una considerable parte de jóvenes; y entretanto solo vemos perfidias entre amantes, escandalosos divorcios, disensiones domésticas, ruinas de patrimonios, traiciones entre amigos, engaños y bancarrotas en el comercio: en una palabra, no vemos sino libertinaje en las

ideas, corrupcion en los sentimientos, y profanacion de todos los deberes naturales y sociales.

¡Jóvenes insolentes! vosotros despreciáis á los ancianos; pues no lo olvideis, si el Señor os concede llegar á la edad madura, la nueva generacion os tratará como vosotros tratáis á vuestros mayores. Y vosotros, venerables ancianos, no desconfieis; vuestra conducta será recompensada. El Señor os abre los brazos de su bondad, y os tiene preparado el premio debido á vuestras fatigas y á vuestra paciencia. Vuestras fuerzas van debilitándose, pero Dios cuida tiernamente de vosotros. No temáis por vuestros hijos, el Señor les alimentará; no os desconsoléis al pensar que tal vez no tardarán vuestras esposas en quedar viudas; el Señor sabrá consolarlas. Vosotros sereis conducidos al sepulcro como el grano es llevado al granero; la muerte no será para vosotros el término sino la renovacion de la vida. El cuerpo corruptible, esta casa terrestre que habitáis será destruida; pero Dios os «dará en el cielo otra casa, una casa hecha no de mano de hombre, y que durará eternamente.» II CORINT. v, 4. Habéis combatido con valor, habéis guardado la fe; al concluir vuestra carrera Dios os adornará con un manto de justicia y os pondrá en posesion del reino inmortal de la gloria.

## ÁNGELES.

*Spiritus in ministerium missi propter eos, qui hereditatem capiunt salutis.*

Espíritus que hacen el oficio de servidores en favor de aquellos que deben ser los herederos de la salud.

(Hebr. 1, 14.)

La primera obra que salió de las manos del Criador, segun el simbolo de los Apóstoles, fué el cielo: «Dios criador del cielo.» No es necesario, empero, hermanos míos, entender solamente, por